

Letras

LAS OBRAS

COMPLETAS DE

ANDRÉS BELLO

Mientras la parte más culta de las naciones hispanoamericanas busca con afán un nexo de unidad espiritual en su común historia de tres siglos coloniales y en su historia paralela de siglo y medio de independencia, los hombres que por su acción (Miranda San Martín, Bolívar) o por su pensamiento (don Andrés Bello sobre todo) encarnan una común aspiración mancomunada de toda la América que un tiempo fue española, han pasado a un primer plano de intereses y de estudio. Tal es el sentido y la significación de esta nueva edición de las Obras Completas del caraqueño, que después de veinte años de vida londinense como secretario de la primera legación que Venezuela y la Gran Colombia mantuvieron en Inglaterra, no creyó traicionar a su patria americana pasando al servicio de la república de Chile, de la que fue educador y mentor.

A esa universalidad geográfica se suma la universalidad de la cultura. Aunque fallecido en 1865, Bello se nos presenta como un espíritu dieciochesco: enciclopédico radicalmente setecentista es su filosofía, su interés por las ciencias, sus aficiones gramaticales, su empeño por la educación y gran parte de su poesía y de su ciencia jurídica.

Y esa doble universalidad —aquella, esencialmente americana, ésta, primordialmente europea— es la que ha movido al Gobierno de Venezuela (a los go-

biernos que se han sucedido en estos últimos años) y a la Comisión editora de las Obras completas de Bello a "ofrecer al caudal de la cultura hispanoamericana —y ¿por qué no? de la cultura universal— la fuerza vigorosa y noble que es el pensamiento del maestro" (I, xx). Ante la lectura de esa *Introducción general*, también noble y vigorosa, que a nacionalicos aparecen, sobre todo desde Europa, los gestos y las querellas nacionalistas que de cuando en cuando nos llegan de un continente que sigue tan nuevo y tan asombroso como en los áureos tiempos del renacimiento.

Bajo la dirección, primero, de Julio Planchart (+1948) y luego de R. Caldera, la Comisión, formada, además, por Augusto Mijares, Enrique Planchart y, como secretario, Pedro Grases, no se contentó con reeditar mejorados, los quince tomos de las Obras completas impresas en Chile de 1881 a 1893 por el esfuerzo del político e historiador Barros Arana y de los hermanos Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui Aldunate, coadyuvados por el hijo de este último, Miguel Luis Amunátegui Reyes. La Comisión editora venezolana planeó una obra nueva, cuyas características expone en su Advertencia editorial (I, xxi-xxxiv) cuando de una obra se conservan los autógrafos, estos han sido consultados, no para dar una edición crítica en el sentido estricto de la palabra, sino una edición segura con aquellas variantes que son de especial interés para el lector —ello valdrá particularmente para las poesías, como luego diré—, el orden de las obras será el siguiente: poéticas, filosóficas, gramaticales y literarias, jurídicas y políticas, históricas y geográficas, epistolario y anexos, los escritos irán convenientemente anotados y prologados por especialistas en cada materia.

Con cuánta escrupulosidad se han seguido esas normas, puede verse en los cuatro grandes volúmenes hasta ahora publicados.

El I Poesías (1952), va prologado por Fernando Paz Castillo. Su *Introducción a la poesía de Bello* (pp. xxxvii-cxxxiv), sin tener el alto vuelo de las tan conocidas críticas de Menéndez Pelayo y de Caro (a quienes pretende poner en contradicción, a mi entender sin conseguirlo), orienta suficientemente sobre la evolución poética de A. Bello. Esta va desde las composiciones tan dieciochescas *A la vacuna* (8-15) y tan colonialmente borbónicas como *Venezuela consolada* (16-26) y *A la victoria de Bailén*

(35), características de la primera etapa (Caracas, 1800-1810), puramente neoclásica con resabios de Horacio y de Virgilio sobre todo, hasta la época de plenitud de Londres (1810-1829), en la cual junto a lo clásico —Horacio y Tibulo—, a lo arcádico, a lo patriótico, brotan pujantes, con telúrica fuerza americana de aliento romántico si de forma y estructura clásicas, sus famosas silvas a *La agricultura de la zona tórrida* (65-74), publicadas en Londres el año 1826, nacidas en tierra extraña con nostalgia de exilado, como medio siglo antes la añorosa evocación de su lejana América había infundido insospechada fuerza vital a los hexámetros landívarianos de la *Rusticatio mexicana*. En la última etapa de su vida (Chile, 1828-1865), Bello, absorbido por más severas disciplinas y por sus cargos públicos, más que por sus composiciones originales interesada por sus traducciones e imitaciones, así de los clásicos latinos —Plauto (630-734) y Horacio (189)— y del renacimiento —Petrarca (*Trag. de Italia mía*, p. 188), Boiardo (15 primeros cantos del *Orlando innamorato*, pp. 161-576) y Tasso (breve fragmento p. 360)— como de los Nibelungos (735-745) y de los románticos franceses —Victor Hugo (208-250) y Lamartine (294)— De los cuatro tomos de *Obras completas* hasta ahora publicados, es éste el que presenta notas críticas textuales de mayor interés, que confirman una elaboración premiosa y angustiosa, en que la corrección y revisión suplanta a veces a la verdadera inspiración —poesía en fin que, a pesar de su personalidad y de haber vivido el autor geográficamente distanciado de España, tiene un parentesco innegable con Lista, Gallego, Cienfuegos, Quintana

Este volumen I no ha sido el primero en aparecer. Lo precedieron los tomos III-V. Y aún queda por publicar el II, de preparación particularmente dificultosa. La *Advertencia editorial* (I, xxxii) nos dice sobre él "El significado extraordinario de algunos borradores, llenos de versos inéditos correspondientes a sus más importantes poemas, nos ha decidido a presentar en volumen

aparte sus *Textos de elaboración poética*, materia que constituirá una novedad interesantísima y que se encuentra en preparación."

La segunda sección de las O C de Bello, la filosófica, cabe toda en un grueso y denso volumen el III, *Filosofía* (1951), que comprende la extensa y célebre obra *Filosofía del entendimiento* (1-543) y los *Escritos filosóficos menores* (545-691), menos conocidos, pero no menos dignos de conocerse. El interés que el pensamiento filosófico de Bello suscita en Hispanoamérica se probaría sólo por el hecho de que tres años antes la *Filosofía del entendimiento* había sido publicada en México (*Biblioteca americana*, F. de C. E., 1948) con una notable introducción de José Gaos. La edición de Caracas va prologada por el profesor Juan David García Bacca que examina las fuentes de Bello y las líneas de su sistema filosófico. También en estas disciplinas Bello es un post-sectenista. Locke y Condillac por un lado, y Berkeley por el otro condicionan su filosofía. El idealismo inglés sirve de contrapeso al sensismo y da un cierto aire metafísico a un pensador racional y temperamentamente positivo. Rechaza lo más característico de la filosofía de Edimburgo, el *common sense* de Reid, y salva la objetividad del objeto sólo con un recurso a la religión revelada. Consiguientemente alaba sin condiciones a Balmes como apologista (véase, entre los escritos menores de Bello, una página entusiasta sobre El Protestantismo, O C III 614-615), pero se opone al concepto balmesiano del espacio de raíz catésiana, tanto en la obra sistemática *Filosofía del entendimiento* (188-189), como en su crítica de la *Filosofía fundamental por don Jaime Balmes* (637-656), notable escrito póstumo, desconocido de los más eruditos balmesianos —me refiero sobre todo a los PP Casanovas y Florí— y del que no se nos da, desgraciadamente, la fecha, si quiera aproximada.

De la serie de escritos filológicos se ha publicado ya, en el tomo IV (1951), la *Gramática de la lengua castellana* destinada al uso de los americanos, de

la que el llorado Amado Alonso, en su notabilísima *Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello* (pp. ix-xxxvi), puede aseverarse que "sigue hoy mismo siendo la mejor gramática que tenemos de la lengua española" (p. ix). En el tomo V (1951) re reúnen los restantes *Estudios gramaticales*, principalmente los ortográficos, en los que tan señalado puesto ocupa el nombre de Andrés Bello; con razón, pues. Angel Rosenblat, en su excelente prólogo a este volumen (pp. ix-cxxxviii), desarrolla el tema *Las ideas ortográficas de Bello*, donde se nos da una verdadera historia de la ortografía castellana desde la edad media hasta nuestros tiempos y una auténtica valoración de la obra del gran filólogo sudamericano, que si no ha logrado hacer triunfar su sistema, fonético y racional, por lo menos puede gloriarse de que las sucesivas reformas de la Academia

han seguido el camino de simplificación que él iniciara.

La acomodación de los escritos de Andrés Bello a las normas académicas ha sido uno de los aciertos de la actual Comisión editora. Pero uno se pregunta si no hubiera tal vez convenido hacer una excepción con estos escritos ortográficos, pues no deja de chocar al ver que se exponen y justifiquen normas que en el mismo momento son impunemente violadas. Pero, en fin, cosa de gustos. En cambio del de todos será la pulcritud de la impresión (trabajada en Buenos Aires) y la riqueza de información gráfica. Por todo ello, por lo intrínseco y por lo exterior, la Comisión editora, sobre todo su presidente y su activo secretario, merecen los plácemes de cuantos siguen, de cerca o desde lejos, el curso de la cultura hispanoamericana.

MIGUEL BATLLORI, S. J. (Roma).

SE PUEDE... (Viene de la pág. 60)

lentas urbanizaciones caraqueñas, formado por millares de ínfimos ranchos en los que sin agua, sin limpieza, y en las más precarias condiciones de habitación, vive tacinada la mitad de la población capitalina, ¿podrá alguien aceptar como lícito ni humano, el espectáculo de un derroche tan inútil, y de tanto dinero, en festejos de Carnaval? ¡Qué poco saben del hambre, y de la desnudez, y de la miseria, y de la carencia de las más insignificantes conveniencias en la vida de nuestras gentes de los barrios humildes, quienes ahora van a hacerse más amarga con el ostentoso despilfarro de sus aristocráticos carnavales!

Bien sabemos que las consideraciones que llevamos hechas podrán encontrar fácilmente quien las conteste con fría indiferencia y hábiles evasivas, en un intento por justificar tan imperdonable delito de despilfarro.

Pero aun así, no queremos dejar de añadir una última consideración. Para nadie es un secreto la terrible situación en que se encuentran millones y millones de hermanos nuestros de numerosos países de todo el mundo. Privados de vivienda, de vestido y de medicinas, alimentados con raciones mínimas de comida pobrísima y siempre igual, ven pasar uno y otro año sin que su situación tenga cambio ni mejora. Y entretanto oyen y saben de la prosperidad de otros países, donde todo abunda, y donde la moneda alta todo lo consigue. Ante la terrible miseria y sufrimiento de tantos infelices, nuestros sentimientos no sólo cristianos, pero siquiera humanitarios, ¿podrán conformarse con el espectáculo de un cruel derroche de dinero como el que ahora se organiza? ¿Saber que una pequeña fracción de esa gran suma de bolívares, convertida en moneda de otros países, cortaría el hambre de muchos meses de una o varias familias, y no pensar, sin embargo, en la imperiosa moderación de los gastos superfluos que tal situación demanda, es cosa que viene a poner de relieve algo muy grave: el terrible egoísmo, frío y despreocupado que nos ha invadido!

Pobre Venezuela, tan mimada por Dios con el don de riquezas sin cuento! Y ahora no encuentra nada mejor en que emplear parte de ellas, que en tirarlas a la calle en un gesto de locura egoísta y de sarcasmo sonreidor ante la miseria de millones de hermanos!

P. P. B.